

VIDA MANCHEGA

CORRESPONDENCIA
ENRIQUE PÉREZ PASTOR

REVISTA REGIONAL ILUSTRADA

SUSCRIPCIÓN
Cuatro Pesetas al Semestre

LA PAZ

Se ha dado fin al último capítulo de la guerra europea; Alemania acepta sin protestas el tratado de paz impuesto por los aliados, pone su firma en su sentencia de muerte, y a última hora los marinos alemanes tienen un postrer gesto de rebeldía, y hunden la flota que según las cláusulas del tratado debía ser entregada íntegramente al arrogante vencedor.

Indudablemente a Alemania no le quedaba otro remedio que sancionar con su aprobación ese tratado que significa su ruina económica y comercial, de otro modo, las tropas aliadas avanzarían sin encontrar ninguna resistencia en su marcha triunfal, hasta imponer la paz en el propio Berlín, decidiendo con la misma frase de Bruno la suerte del vencido.

Una parte del socialismo alemán, la parte que pactó con el imperio y sancionó la guerra, creyó con su elevación al poder, poder inspirar garantías a la Entente y anular la amenaza de muerte fulminada por los aliados contra el imperialismo; aceptó el armisticio, y vió en las promesas del presidente Wilson la fórmula salvadora que podía llevar la tranquilidad al pueblo en las angustiadoras horas de la post-guerra.

Sobrevino después la lucha de egoismos en el seno del consejo de los cuatro, la paz sin anexiones territoriales, la paz a base de la devolución de Alsacia-Lorena, las dos provincias del irredentismo francés, se vió imposibilitada por la actitud de Italia que también trajo a colación sus pretendidas cuestiones de irredentismo, al mismo tiempo que Inglaterra, que fué a la lucha movida por intereses económicos, veía con gusto hundirse para siempre la odiada rival de su comercio, y las evangélicas promesas de Wilson se hundían en el tempestuoso mar de los egoismos europeos.

Na se trató a Alemania vencida, modificada profundamente en el orden social, con menos saña que se hubiera tratada a la Alemania imperialista del Kaiser Guillermo; no olvidaron los aliados, que los socialistas alemanes que ocupaban el poder, eran aquellos mismos socialistas que prestaron su aquiescencia a la guerra, en las trágicas horas en que Francia veía invadido su suelo por las legiones teutónicas, y en que la sangre del pueblo se derramaba pródiga en las trincheras siendo insuficiente para detener el empuje avasallador de los germanos, no olvidaron no, los negros días de Lieja y Amberes y Reims y Verdún.

En la hora presente el gobierno alemán se encontraba en un desesperante dilema, y tras de haber agotado todos los medios para levantar el espíritu popular y negarse a la firma del tratado, ha claudicado al fin ante el franco deseo de paz del pueblo alemán. Hace unos días mientras el jefe del gobierno pronunciaba un discurso negándose a la aceptación de las condiciones de paz, ante un auditorio mínimo, medio hostil o indi-

ferente, una imponente manifestación (verdadero deseo popular) recorría las calles de Berlín y pedía a voz en grito la paz sea como fuese, harto ya el pueblo de sacrificios estériles y de vanos sueños de victoria.

La paz se ha hecho y el postrer espasmo del imperialismo ha hundido los barcos antes que entregarlos al enemigo. Este epílogo gallardo, última manifestación de una época histórica alemana, seguramente encontrará en España un sentimiento de admiración, propensos como somos a extasiarnos ante todas las manifestaciones gallardas y rebeldes de última hora. Con esos buques hundidos en Kiel se hundieron todos los sueños de grandeza alemana, toda la tradición de un pueblo fuerte, los espectros de Bismark y de Moltk, del pasado Guillermo y su estado mayor, que pasaron para Alemania como una nube roja de grandeza y poderío.

Pero de todas suertes las condiciones de paz impuestas por los aliados a los Alemanes, han de encontrar un hondo sentimiento de indignación en toda conciencia honrada, porque ellas significan algo más que la destrucción de todo el aparato imperialista a través del cual miraban los pueblos extraños el poderío alemán; no solamente mueren esos buques herederos de un poder bárbaro, que se anulan a sí mismos antes que entregarse al enemigo en un último momento de impotente orgullo, con ellos mueren también las actividades de un gran pueblo, de una raza laboriosa y fecunda, que calladamente laboraba en todos sitios, en el taller y en el campo, en el laboratorio y en la fábrica, y que ahora está condenada a morir fatalmente, ahogada entre las cláusulas de un tratado que seguramente no hubiera superado en arbitrariedad, el mismo poder militarista que acaba de recibir sepultura en las aguas de Kiel.

Los plenipotenciarios alemanes han puesto su firma al pie del tratado, pálidos y silenciosos, con conciencia plena de la trascendencia del acto que realizaban, ante la orgullosa mirada de triunfo de Clemenceau, el tigre francés, delante de la figura del presidente Wilson, el hombre que pudo ser apóstol, ante una multitud ansiosa de emociones fuertes, llevando sobre sus frentes al par que el peso de la derrota, la tremenda responsabilidad de esas firmas.

He aquí las justicias de la guerra, de todas las guerras, que ojalá se hubieran hundido para siempre con los cañones de esos buques alemanes. Los aliados no han tenido la abnegación suficiente para inaugurar una nueva era de la Historia Universal, porque han preferido empezar ese capítulo de esa nueva historia, con un gran crimen, con el crimen en masa de un pueblo joven y fuerte que de hoy en adelante será un siervo de la arrogancia aliada.

FRANCISCO COLÁS